

JOSÉ CARLOS BECERRA
BREVE ANTOLOGÍA

*Selección y Carta al poeta José Carlos Becerra
muerto en la carretera de Brindisi* por
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2008

ÍNDICE

CARTA AL POETA JOSÉ CARLOS BECERRA MUERTO EN LA CARRETERA DE BRINDISI	3
NOTA BIOGRÁFICA	5
PAISAJE EN DESNUDO	6
OSCURA PALABRA (FRAGMENTOS)	7
BETANIA	10
LA MUJER DEL CUADRO	13
LA CORONA DE HIERRO	15
EL HALCÓN MALTÉS	19
BATMAN	22
COMO RECORDANDO A DICKENS	28
[LA QUIMERA DEL ORO]	29
[CÓMO RETRASAR LA APARICIÓN DE LAS HORMIGAS]	29

CARTA AL POETA JOSÉ CARLOS BECERRA
MUERTO EN LA CARRETERA DE BRINDISI

Al escribirla pienso en la muerte de amor que danza en el sueño de Quevedo.

Era el momento de la conjuración de todas las piedras del camino.

Lo oportuno era dar marcha atrás y regresar a la ciudad de ámbar.

Sin embargo yo sé que no podías dejar el viaje y sé también que la llegada no era el objeto del camino.

Lo que buscabas era llevarte en los ojos todos los árboles, los ríos, los pájaros que pasaban al lado de tu viejo automóvil y que formaban parte de tu cuerpo.

Ahora sé por qué preguntabas los nombres de los árboles y por qué querías aprender a conocer el canto de los pájaros.

Estabas lleno de ceibas, de tulipanes, de todas las criaturas del reino vegetal. Tú, como Pellicer, nacido en esa tierra-agua de Tabasco escuchabas el silencio de la creación.

Te conocimos ya muy tarde, pero pronto te conocimos y aprendimos con gozo a amar los ojos con que veías el mundo.

Todos los días regresabas de tu casa de un día con un asombro nuevo, con un nuevo motivo para mantener abiertos los ojos. Ibas siempre a decir algo: el cuadro de Turner en la Tate Gallery, un fragmento de sueño de Quevedo, la noche dedicada a Bogart en el National Film Theatre. —Casa Blanca a las 4.30 a.m., café y galletas a las 6 a.m.

Otra noche hablaste de Quiroga hasta que las ocho de la mañana se desprendieron de los edificios de Park Lane.

Como tu compromiso era con la pureza extemporánea, con la más arriesgada de las honestidades, hablabas con asombrado amor de la flor amarilla, de todos tus amigos, de tu infancia, de los seres vivos en tus

mitos tabasqueños, de las mujeres en que te habías ido quedando, de las cosas de México que tanto te dolían...

Ahora, con tu muerte, el río de las palabras ha disminuido su caudal.

No exagero, poeta. No hago tu elogio fúnebre. (La oratoria te daba desconfianza, bien lo sé.) Digo todo esto dando una cabriola de cine mudo, saludándote con mi vieja corbata.

La vida sigue sin ti, hermano, pero ya no es la misma ni lo será ya nunca para los que te amamos.

Nos hemos quedado con lo que nos dijiste. Gracias por tus asombros, por esa diminuta certeza de alegría que a todos repartiste.

Hablaremos de ti como se habla de esos ausentes dones que un día nos da la tierra y que nos quita con su inocente furia al día siguiente.

HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Londres, mayo de 1970

NOTA BIOGRÁFICA

José Carlos Becerra nació el 21 de mayo de 1937 en Villahermosa, Tabasco. Estudió los primeros años de la carrera de arquitectura en la UNAM para finalmente abandonarla y dedicarse por entero “al servicio de la literatura”. Becario de la Fundación Guggenheim, el poeta partió a Nueva York en 1969 y de ahí a Europa, en donde perdió la vida en un accidente automovilístico mientras manejaba solo hacia Brindisi para embarcarse con destino a Grecia, el 27 de mayo de 1970.

En vida publicó los siguientes libros:

Oscura palabra, Ediciones Mester, 1965.

Oscura palabra, en el volumen colectivo *Poesía joven de México*, de Alejandro Aura, Leopoldo Ayala, José Carlos Becerra y Raúl Garduño, Siglo XXI Editores, 1967.

Relación de los hechos, Ediciones Era, 1967.

Oscura palabra y otros poemas, en *Poesía joven de México* (con nuevos poemas), segunda edición aumentada, Siglo XXI Editores, 1969. Los otros poemas son “La venta” y “Poemas de un libro en formación”: (el rey), (el ingenioso hidalgo — dibujo por J. L. Cuevas), (el heredero).

Fotografía junto a un tulipán, prólogo a *Andrés Calcáneo Díaz*, libro de poemas y retratos editado privadamente por María de los Ángeles Calcáneo Becerra, Imprenta Madero, 1970.

En 1973, Ediciones Era (México), publicó una edición póstuma de su obra poética (1961-1970): *El otoño recorre las islas*, prólogo de Octavio Paz. Edición preparada por José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid.

PAISAJE EN DESNUDO

desnudo de mujer,
senos que no están ciegos y conocen las aves,
hombros y espalda donde la luz del sol parece estar
pensando,
vientre cruzado por una secuencia de fugaz infinito,

desnudo de mujer,
concentración de la tierra y lo humano,
estatua de la naturaleza,
más blanca que el sollozo de un ángel,
más morena que una mañana en la selva,
más viva que la sonrisa del sol en la vela de un bote de
pescadores,

desnudo de mujer,
vacilación del ámbar, probidez de la piedra,
vellón iluminado por un rayo de luna, por un
rayo de carne,
muslos separados como terminaciones del
anochecer,
cita con el origen, vida, potestad de la muerte,
humedad de universo, palabra final encontrada,

desnudo de mujer,
rodillas severas y más llenas de gracia que un
hoyuelo en la mejilla,
tobillos más dulces que la orilla de un estanque,
pies aposentados en su aire como delicias
diurnas,

desnudo de mujer,
cuerpo que está volando sobre sí mismo,
piernas como un recorrido de cantos nupciales,
nalgas donde la redondez del mundo cobra
sentido,

cuerpo que se desata de la noche,
cuerpo que se desata de sus astros como una batalla
naval,

cuerpo que se desata de las leyes que no son azules o
rojas,
cuerpo donde los marineros en tierra señalan el mar,
desnudo cuerpo, cuello, vientre, nalgas,
piernas concisas, vivas, entreabiertas,
desnudo de su desnudo, desnudo hasta el fondo de sí
propio
hasta tocar el fondo de sus aguas ocultas,
hasta tocar lo ilimitado de sus ríos,
desnudo de mujer,
arena, rosa, nave de verano,
viento...

De Los muelles

OSCURA PALABRA
(FRAGMENTOS)

A mis hermanas

MÉLIDA RAMOS DE BECERRA
† 6 de septiembre de 1964

4

Esta noche yo te siento apoyada en la luz de mi lámpara,
yo te siento acodada en mi corazón;
un ligero temblor del lado de la noche,
un silencio traído sin esfuerzo al despertar de los labios.

Siento tus ojos cerrados formando parte de esta luz;
yo sé que no duermes como no duermen los que se han
perdido en el mar,
los que se hallan tendidos en un claro de la selva más
profunda
sin buscar la estrella polar.
Esta noche hay algo tuyo sin mí aquí presente,
y tus manos están abiertas donde no me conoces.

Y eso me pertenece ahora;
la visión de esa mano tendida como se deja el mundo
que la noche no tuvo.
Tu mano entregada a mí como una
adopción de las sombras.

(20 de diciembre de 1964, México)

6

Yo sé que por alguna causa que no conozco estás de
viaje,
un océano más poderoso que la noche te lleva entre
sus manos
como una flor dispersa...

Tu retrato me mira desde donde no estás,
desde donde no te conozco ni te comprendo.
Allí donde todo es mentira dejas tus ojos para mirarme.
Deposita entonces en mí algunas de esas flores que te
han dado,
alguna de esas lágrimas que cierta noche guiaron mis
ojos al amanecer;
también en mí hay algo tuyo que no puede ver nadie.
Yo sé que por alguna causa que no conozco te has ido
de viaje,
y es como si nunca hubieras estado aquí,
como si sólo fueras —tan pronto— uno de esos cuentos
que alguna vieja criada
me contó en la cocina de pequeño.

Mienten las cosas que hablan de ti
tu rostro último me mintió al inclinarme sobre él,
porque no eras tú y yo sólo abrazaba aquello que el
infinito retiraba
poco a poco, como cae a veces el telón en el teatro,
y algunos espectadores no comprendemos que la
función ha terminado
y es necesario salir a la noche lluviosa.

Más acá de esas aguas oscuras que golpean las costas
de los hombres,
estoy yo hablando de ti como de una historia
que tampoco conozco.

(6 de febrero de 1965, México)

7

madre, madre,

nada nos une ahora, más que tu muerte,
tu inmensa fotografía como una noche en el pecho,
el único retrato tuyo que tengo ahora es esta oscuridad,
tu única voz es el silencio de tantas voces juntas,

es preciso que ahora tu blancura acompañe a las flores
cortadas,
ningún otro corazón de dormir hay en mí que tus ojos
ausentes,
tus labios deshabitados que no tienen que ver con el aire,
tu amor sentado en el sitio en que nada recuerda ni sabe,
ahora mis palabras se han enrojecido en su esfuerzo de
alzar el vuelo,
pero nada puede moverse en este sitio donde yo te
respondo como si tú me estuvieras llamando,
nadie puede infringir las reglas de esta mesa de juego a
la que estamos sentados,

a solas como el mar que rodea al naufragio
hemos de contemplarnos tú y yo,
nada nos une ahora, sólo ese silencio,
único cordón umbilical tendido sobre la noche
como un alimento imposible,
y por allí me desatas para otro silencio,
en las afueras de estas palabras,
nada nos tiene ahora reunidos, nada nos separa ahora,
ni mi edad ni ninguna otra distancia,
y tampoco soy el niño que tú quisiste,

no pactamos ni convenimos nada,
nuestras melancolías gemelas no caminaban tomadas
de la mano,
pero desde lejos algunas veces se volvían a mirarse
y entonces sonreían,

ahora un poco de flores para mí
de las que te llevan,
también en mí hay algo tuyo a lo que deberían llevarle
flores
ese algo es el niño que fui,
ya nada nos une a los tres,
a ti, a mí, a ese niño,

(22 de mayo de 1965, México)

BETANIA

*Homme infesté du songe,
homme gagné par l'infection divine.*
Saint-John Perse

He tocado esta carne y no he hallado otra resurrección
que el olvido
ni otra vehemencia que aquella de los labios pegados a
la noche,
a la oscuridad besada de los cuerpos,
a las palabras dichas para que las bocas resistan el
hierro nocturno.
La sangre también recuerda sus hechos de tierra
como un navío que cabecea en los muelles.
El cielo de este día es otra vaga historia,
el anochecer va posando sus alas sobre los nombres
escritos.

¿Dónde está lo que resplandece cuando el fuego
retrocede?
¿Dónde está aquello que no es vencido por el poderío
de lo que duerme?

Llovizna sobre la tierra como un arrepentimiento tardío,
como una voluntad de lavar en voz baja.

La magia ha arrojado sus armas en el centro de la
habitación,
la historia de Lázaro se ha convertido en pasto de
charlatanes de buena y mala voluntad,
y la consecuencia es este legado de carne envanecida
de su morir,
aquello a lo que llaman primer paso hacia la inmortalidad.
Todos los ríos levantan su copa hacia las nubes
pidiendo que se las llenen de infinito para beber
lentamente otra sombra,
todos los ríos esperan la alfombra de la luna, el cuarto
cerrado
donde al amanecer se desvisten los que se ahogaron de
niños.

Pero no es en la fruta acostada en su madurez
ni bajo el árbol donde el cielo detiene sus dioses
ausentes,
donde los ojos se abren de nuevo.
Es en la impiedad de las estatuas, en las sordas
lecturas del azufre,
en la verdad del salitre, en el herbazal de la sangre.

La mirada entonces no yerra como no yerra el amor,
las mujeres danzan alrededor de su propio desnudo
y nos invitan a llorar por la muerte de sus astros.

Estos ojos de amor que me llevan se han abierto
también en los ríos,
en las arenas lavadas como alguien que pone en orden
sus recuerdos y luego se marcha.
Ríos que se levantan en silencio para abrirle la puerta
al océano,
al océano que entra sacudiendo los retratos y las
apariciones,
los lechos y sus consecuencias de sangre o de nieve.

Creo en lo oscuro de la materia pero su renombre no
es oscuro;
Dios ha entrado en su tumba tranquilamente
porque cree en el poder de los hombres para despertarlo,
porque los hombres se anuncian los unos a los otros
con una luz escarlata y colérica.

He respirado la indiferencia que me atañe,
el olvido que alguna vez tenemos en las manos como
una bella flor de papel.
Le he dado un nombre amoroso a mis culpas
y he temblado al creer en lo que me vencía.
He pasado tardes en silencio, mirando mi fraudulenta
resurrección
esperando un gesto revelador
para tomar la noche como un incendio.

La primavera ha pasado con sus voces de fruta,
con su tropel de sol en las mejillas,
el sudor ha sido hermoso como la espuma en las
adolescentes
el corazón ha dejado en la playa otra carta sin firma.

También la rabia espera ahora su reinado,
el sol camina sobre los ataúdes abiertos,
pero los muertos no han podido siquiera ofrecernos
una disculpa
por su ausencia, por eso la melancolía es más hermosa
que una columna griega.

He aquí esta mirada,
esta mirada nuevamente en las postrimerías de sí misma,
desplegada como un pabellón de guerra, como una
lúcida avanzada invernal.
He aquí que mi mano no tiembla al levantar la lámpara.
Hay espejos rotos semienterrados en la arena de la playa,
están las escamas de los días de verano;
y en la tarde plumiza el mar golpea con todo su cuerpo
como si quisiera despertar a la tierra hacia una luz más
honda...

Y hemos llorado, nos hemos visto correr en nuestras
lágrimas,
hemos alabado nuestras mejillas, hemos palpado a
ciegas otro cuerpo
que no venía en las lágrimas; entonces la tarde
parecía esperar en nuestros ojos.

Pero yo quiero ahora la otra mejilla del amor,
el lado no abofeteado aún por su propio silencio;
porque me he convencido de la soledad sin tregua del
mar y lo señalo
y me agobia ese resplandor de la luna en los cabellos
de los muertos.
Ahora veo lo que tarda en llegar y escucho el sonido
de los cuernos
anunciando la partida de caza.

De Relación de los hechos

LA MUJER DEL CUADRO

Lo empiezas a saber,
tu amor va enseñando sus sales de baño, sus fiestas de
guardar, sus cenas sin nadie;
a veces, el esqueleto de tu ángel de la guarda
baila en tus ojos,
ciertasavecillas silvestres amanecen temblando en tus
manos,
ya el tufo de la crucifixión
no te hace taparte la nariz de niña “que no sabe nada”,
“que no entiende nada”.

Ya cruzas la *puerta*,
ya sabes que el dolor es un mensajero servil del infinito,
en tus ojos aquello que miras despierta en ti misma
como pequeños niños
que se sientan al borde de sus camas
esperando que vengan a vestirlos.

Ya asumes tu cuerpo, ya viajas en todo lo que te rodea,
a veces en tu sonrisa todavía aparece
aquella niña larguirucha “tan bien educada”,
pero tu esperanza enflaquece llamándote con voz cada
vez más débil
cuando ya no te dignas escucharla.

Extrañamente hermosa eres ahora tu propio fantasma,
en tu alma han entrado la carne del mundo y la tuya
confundidas,
apiñadas por el mismo placer, revueltas por el mismo
dolor.

Desnuda, la ropa que te acabas de quitar
ya no reaparece en tus ojos,
tu mirada y tu voz entonces también se quedan desnudas,
te quedas desnuda,
y por tu desnudez pasan los templos antiguos, las ora-
ciones, los heridos de guerra y los cánticos de guerra,
los mares lejanos y también la vida posible en otros
planetas.

Ya tu cuerpo comprende lo que significa ser tu cuerpo,
lo que significa que tú seas *él*;
tu cuerpo extendido a lo largo de tu amor, a lo largo de
tu alma,
y todos los barcos que zarpan de tu corazón llevan ahora
las luces apagadas.

Ya te has probado en ti
y un hombre no es el extraño invasor que conocías,
el esposo prudente, el hombrecito que cariñosamente
te mataba un momento
por unas cuantas caricias, por unas cuantas monedas.

Pero sabes también que no existe el triunfo que alguna
vez deseaste,
por eso en tu mirada puede oírse
el ruido del mar golpeando las costas solitarias y a veces
el chillido de un pájaro detrás de la niebla o la llovizna
pertinaz.

Ven aquí con tu colección de mariposas, con tus anti-
guos juguetes que ya no existen

y que parecen burlarse de ti desde ciertos rincones,
ven aquí con tus segmentos de niña asombrada.

Ven a mirar mis osos polares.
Ven, ahora que sabes que también en los labios aparece
—sin que nos demos cuenta—
el beso monstruoso y bello
de aquello que todavía llamamos el alma.

De Relación de los hechos

LA CORONA DE HIERRO

Yo podría también en este umbral, junto a la precaria
armadura de tu olvido,
enumerar los hechos construidos y destruidos por el
amor;
yo podría si alguno de los dos lo quisiera, si alguno de
los dos mirara hacia ese sitio,
en el remoto estallido de algún verano,
en el arco de un día de serpientes, en la claridad de una
convalecencia gozosa
en el reflejo de una tarde abandonada en el túnel de lo
que no pude decir,
y esta enumeración inventora de frutos y luces de guerra,
donde el corazón ennegrecido chisporrotea
igual que una hoguera que el invierno luce en el pecho
como un coral amargo.

Yo podría tal vez en otros vestigios,
en otros vendajes donde la herida haya sido apagada,
en la otra historia de tus ojos donde el abismo vuelve a
ser la florecilla silvestre
de los días de la infancia;
yo podría, te digo, enumerar aquí esos hechos
y también aquellas tardanzas que las lluvias de octubre
practicaron en mi pecho,
esa humedad de lo muerto que a veces no compren-

demos
y cuyo olor impregna nuestra alma de sumisa nostalgia.
Podría entonces con mis carencias de mar,
con mi máscara que no fue tallada en ningún taller
audaz del alma,
caminar por esos actos que tú y yo transcurrimos, que
tú y yo hicimos pasar.

Ninguna otra fuerza entonces, ninguna otra religión
que alimentar con esa cierta placidez del desamparo
por esa libertad congénita ante la enfermedad de los
dioses;
sólo esas palabras con su aire de carne, con su bosque
de sangre,
con sus extrañas colindancias con el hierro,
enumeradas al borde del mundo por aquellos que deci-
den partir
y extraviar la semejanza de su lenguaje con el lenguaje
de los poseedores de su ciudad.

Aún entonces tal vez, y siendo así no lo supimos,
cuando la noche, ella misma,
puso en las sienas de la ciudad la antigua corona
y la soledad era un perrillo faldero que lamía las manos
de sus dueños,
y los astros, más acá de su lejanía, retocaban el olvido
de los hombres
y todos se acomodaban en sus propias estatuas
para describirse a sí mismos aquello que llamaban
sus *incertidumbres*.

Ésa sería la súplica y el desdén, tu tierno ademán,
el autobús donde no consigues escaparte,
la habitación donde no consigues la paz,
el libro que no te regresa la antigua pasión, el rojo
descubrimiento;
ése sería el nuevo encuentro, la antigua manera de
comenzar, de devolvernos;
tu cuerpo desnudo envuelto por la penumbra de la
cortina como por una desnudez más amorosa aún y
más imposible,

la aparición del mar en la mano que lleva la caricia
como una lámpara,
todo lo que al besar un cuerpo nos incumbe;
tus senos donde la blancura enciende sus primeras
señales,
tu vientre donde la oscuridad alumbra mis manos,
tus cabellos de día de lluvia,, tus ojos de anochecer
sobre los edificios y sobre las cúpulas,
mientras bajamos los escalones del deseo escuchando
el golpe del viento en las más altas ventanas,
y en todos los sitios donde la noche enciende los
cuerpos enlazados
como antiguos y eternos sistemas de navegación.

Y toda tú caída de tus ojos, parte de ti caída de tu alma,
sin súplica elocuente,
herida por el beso que te reconoce y te alza, te desor-
dena y te copia en todos los modos del amanecer,
entraste en ese rumor, en esa sombra que me envolvía
lejos de aquellas costas donde el olvido y el mar alzan
la noche
y la palidez de las manos da a lo acariciado un atavío
remoto que no alcanzamos nunca.

Vasto conocimiento y vasta ignorancia;
en la noche de esa mirada, en la ciudad oculta por las
uñas de sus habitantes,
por el cansancio de sus desórdenes y la prisa de sus
incertidumbres,
¿qué otra palabra, qué otra caricia
donde el coro de las antiguas sirenas saque a relucir
los gestos de nuestra infancia caída,
de nuestra anciana infancia a la sombra implacable
del mar?

Si, yo tal vez pude decírtelo, tú pudiste tal vez
escucharlo,
o tal vez soltando la cortina que te envolvía, alzando
los hombros
o tarareando una canción que no recordabas bien,
caminaste,

cruzaste frente a mí o hablaste mientras te vestías en la
otra habitación,
diciéndome: “Está bien, está bien, ¿pero estamos
seguros de algo?”

Y esa seguridad que me hubiera gustado invocar,
esas constancias de las que tu cuerpo quizá guarda
memoria,
o esos momentos en que yo despertaba y aún con los
ojos cerrados, heridos por el sol,
repetía como tú: “¿Pero era seguro? ¿Pero era verdad?”
Y recordaba tu sonrisa que mezclaba la noche con el
alma más íntimamente que lo oscuro,
y combatía con ese ademán estricto del vacío,
con la pereza del desconsuelo que casi era el alivio,
la sordera final,, la calle en silencio.

Y fue así como todo fue cumplido, como no debiste
preguntarme;
fue así como se hizo innecesario responderte
cuando ya no queda otra alabanza, ningún otro sonrojo,
ninguna otra adversidad,
ningún otro olvido,
que aquellos que establecen nuestros propios silencios.

Así se ha cumplido todo,
y ahora en este sitio
somos discípulos de esta noche milenaria y confusa,
de esta música atroz, de esta ciudad, de estas palabras
donde es necesario dejarte y dejarme.
Alimentados por el pan cautivo y la leche cautiva
aquí recordamos y olvidamos, aquí nuestros ojos
cambian de ojos,
aquí entregamos el sueño.

...y por las calles de la ciudad el invierno se yergue
como un guerrero blanco.

De Relación de los hechos

EL HALCÓN MALTÉS

A Carlos Monsiváis

Ahora, cuando tus sistemas de flotación se han reducido a tus retratos,
a las vías por donde vas desapareciendo de ti mismo,
borrándote de aquello que querías;
a tu resurrección le crece el mismo musgo que a tu cuerpo invisible atrapado por la visibilidad de tu retrato, y todo aquello
que pensaste que amabas o simplemente odiaste de paso, resplandece de nuevo fuera de ti en la piedra angular de otro escalofrío,
mientras alguien que cruza la puerta de salida de tus retratos, siente cómo la noche rebosa tu muerte en uno de esos bares situados
en el subsuelo de cualquier viejo edificio de la Tercera Avenida
al mismo tiempo que en otro lugar vuelven a encenderse los reflectores que te iluminaban
o acoplaban la sombra de alguno de tus gestos, de tus meditados descensos al infierno,
donde el olor de la pólvora recubría a la figura que emerge del espejo
frente al cual disparabas tu pistola.

Reconstruyendo, pues, lo que te iba rodeando,
lo que ibas rodeando con la misma sobriedad de que se vale un alcohólico
para rastrear la soga de su miedo,
valiéndote del polvo que en tu mirada iban depositando los puñetazos
y la confusa humedad del amor;
el vaso de whisky en el centro de lo que callabas,
el viaje de la noche que alguno de aquellos reflectores reproducía en tu rostro,
el frío cañón de una 38 automática apoyado en la boca del estómago mientras la boca de la nada parecía morder el cañón,

y esa mujer de larguísimas piernas y rostro anguloso y
voz recién salida del amor o simplemente del humo
de un cigarro,
contemplándote desde la penumbra del bar,
mientras era en su cuerpo donde el infinito desmadejaba
el laberinto
que sustituye a veces al disparo de una pistola.

Ah sí, lo que tú codiciaste;
aquello que dejabas que tu rostro inventara,
aquello que no pasaron por alto tus puños y tu pistola,
tu mueca y tu sonrisa interminablemente mezcladas,
obsesionadas la una de la otra como dos locos puestos
a tu servicio.
Sí, nada quedó de aquello
y tampoco de aquel despacho desde cuya ventana
podían mirarse, entre los rascacielos, los muelles de
San Francisco.

Eran tus caprichos de luchador derrotado, era tu burlona
mirada,
eran los espacios ocultos donde no cesabas de cicatrizar,
en cualquiera de aquellas escenas donde estabas a punto
de cerrar la puerta a tus espaldas anulándolo todo;
con el rostro magullado por los golpes y por las patadas,
buscando tú también aquel *Halcón Maltés* en el que
nunca creíste,
porque tal vez era de mala suerte para encontrarlo
creer en él,
o porque quizás la esperanza te hubiera conducido más
rápidamente a esa derrota
que, pese a todo, nunca esperaste.

Sí, todas aquellas,
enfundadas en sus medias de seda,
enfundadas en su ronda de carne cuya espuma es
necesario detener,
en sus vacíos de botella encontrada en el mar sin el
imaginado mensaje,
todas aquellas se perdieron en otras que ya no te
contemplan ni te esperan,

imágenes donde la penumbra de la sala de cine construye
su nublada y salitrosa reunión,
allí donde el dolor corrompe al asombro.

Ah, qué viejo, pero qué viejo se ha vuelto ese ring
donde tanto luchaste,
qué cansado se ha vuelto aquel heroísmo,
cuántos pasteles se elaboran con ello, y ya nadie
se los estrella a nadie en la cara como tú sabías
sutilmente hacerlo.

Pero observemos con atención ese ring vacío,
evitando la luz universal de los reflectores, observemos
esa blanca superficie vacía. Observemos,
simplemente los dados echados sobre esa superficie o
mesa de juego,
simplemente los dados echados,
y los jugadores que acaso queden, ocultos
en la sombra, mirando los dados.

Y en esa inmovilidad, que es además la única explica-
ción del movimiento, el único molde del movimiento;
podremos sentirte a ti desapareciendo,
abandonado por tus sistemas de flotación y transcurso;
desapareciendo sin cesar por todos los límites y las
colocaciones de esa mesa o superficie que va a
iluminarse,
a una distancia infinita de esa mesa
donde el movimiento vuelve a comenzar sin que el
molde desaparezca por ello.

A una distancia infinita del ruido donde esos dados
repiten la jugada,
asociando otra vez los hundimientos del sueño
con la suma donde los dados crían
ese vacío adherido a lo que va apareciendo.

Atrapado por el agujero en que te has convertido,
sin poderte salir vas pasando a través del ruido de esos
dados que siguen rodando por la mesa cuando tú ya
te has levantado,
cuando sólo derivas hacia el lugar donde el vacío se
hace visible;
a una distancia infinita de esa mujer que canta un viejo

fox, *Night and day*, por ejemplo,
junto al piano de un bar
—si es que dicha escena puede repetirse—
a una distancia infinita de esa canción y de esa voz
elaborada “con lo mismo que se fabrican
los castillos en el aire...”

De *La venta*

BATMAN

Recomenzando siempre el mismo discurso,
el escurrimiento sesgado del discurso, el lenguaje para
distráer al silencio;
la persecución,, la prosecución y el desenlace esperado
por todos.
Aguardando siempre la misma señal,
el aviso del amor, de peligro, de como quieran llamarle.
(Quiero decir ese gran reflector encendido de pronto...)

La noche enrojeciendo, la situación previa y el pacto
previo enrojeciendo,
durante la sospecha de la gran visita, mientras las
costras sagradas se desprenden
del cuerpo antiquísimo de la resurrección.

Quiero decir
el gran experimento,
buscándole a Dios en las costillas la teoría de la costilla
faltante,
y perdiendo siempre la cuenta de esos huesos
porque las luces eternamente se apagan de pronto,
mientras volvemos a insistir en hablar a través de ese
corto circuito,
de esa saliva interrumpida a lo largo de aquello que
llamamos el cuerpo de Dios, el deseo de luz
encendida.

Llamando, llamando, llamando.
Llamando desde el radio portátil oculto en cualquier
parte,
llamando al sueño con métodos ciertamente sofocantes,
con artificios inútilmente reales,
con sentimientos cuidadosa y desesperadamente
elegidos,
con argumentos despellejados por el acometimiento
que no se produce.
Palabras enchufadas con la corriente eléctrica del vacío,
con el cable de alta tensión del delirio.
(Acertijos empañados por el aliento de ciertas frases,
de ciertos discursos acerca del infinito.)

Recomenzando, pues, el mismo discurso,
recomenzando la misma conjetura,
el Clásico desperfecto en mitad de la carretera,
el Divinal automóvil con las llantas ponchadas
entorpeciendo el tráfico de las lágrimas y de los muertos,
que transitan Clásicamente en sentidos contrarios.
Recomenzando, pues, la misma interrupción,
la pedorreta histórica de las llantas ponchadas,
el sofisma de cada resurrección,
el ancla oxidada de cada abrazo,
el movimiento desde adentro del deseo y el movimiento
desde afuera de la palabra,
como dos gemelos que no se ponen de acuerdo para
nacer,
como dos enfermeros que no se coordinan para levantar
al mismo tiempo el cuerpo del trapecista herido.

(Aquí el ingenio de la frase ganguea al advertir de
pronto su sombrero de copa de ilusionista;
ese jabón perfumado por la literatura con el cual nos
lavamos las partes irreales del cuerpo,
o sea el radio de acción de lo que llamamos el alma,
las vísceras sin clave precisa, los actos sin clave precisa,
la danza de los siete velos velada por la transparencia
del dilema;
y por la noche, antes de acostarse,

la dentadura postiza en el vaso de agua,
la herida postiza en el vaso de agua, el deseo postizo
en el vaso de agua.)

La señal... la señal... la señal...

Así sonríes sin embargo, confiando otra vez en tu
discurso,
mirándote pasar en tus estatuas,
flotando nuevamente en tus palabras.
La señal, la señal, la señal.
Y entretanto paseas por tu habitación.
Sí, estás aguardando tan sólo el aviso,
ese anuncio de amor, de peligro, de como quieran
llamarle,
ese gran reflector encendido de pronto en la noche.

Y entretanto miras tu capa,
contemplas tu traje y tu destreza cuidadosamente dobla-
dos sobre la silla, hechos especialmente para ti,
para cuando la luz de ese gran reflector pidiendo tu
ayuda, aparezca en el cielo nocturno,
solicitando tu presencia salvadora en el sitio del amor
o en el sitio del crimen.
Solicitando tu alimentación triunfante, tus aportaciones
al progreso,
requiriendo tu rostro amaestrado por el esfuerzo de
parecerse a alguien
que acaso fuiste tú mismo
o ese pequeño dios, levemente maniático,
que se orina en alguna parte cuando tú te contemplas
en el espejo.

Miras por la ventana
y esperas...
La noche enrojecida asciende por encima de los edificios
traspasando su propio resplandor rojizo,
dejando atrás las calles y las ventanas todavía
encendidas,
dejando atrás los rostros de las muchachas que te
gustaron,

dejando atrás la música de un radio encendido en
algún sitio y lo que sentías cuando escuchabas la
música de un radio encendido en algún sitio.

Sigue la noche subiendo la noche,
y en cada uno de los peldaños que va pisando, una
nueva criatura de la oscuridad rompe su cascarón de
un picotazo,
y en sus alas que nada retienen, el vuelo balbucea los
restos del peldaño o cascarón diluido ya en aire;
y mientras tanto tú no llegas aún para salvarte y salvar
a esa mujer
que según dices
debe ser salvada.

¿En qué sitio, en qué jadeo
el sueño recorre el apetito reconcentrado de los
dormidos?
¿Qué ola es ésta, que al golpear contra el casco
hace que el marinero de guardia ponga atención por un
momento, para decirse después que no era nada
y torne a pasearse por el cuarto, mirando de vez en
cuando por la ventana las luces dispersas de la calle?
¿Qué ir y venir está gastando el cuerpo de su andanza
contra el casco manchado, cubierto de parásitos marinos?

...porque de pronto has dejado de pasearte por la
habitación.
¿Acaso escuchas realmente ese ruido? ¿Ese ruido viene
del pasillo o viene de tu deseo?
(Cierta especie de ruido que tropieza con cierta especie
de silencio dentro de ti,
como alguien que se topa con una silla al caminar a
oscuras...)

¡Tal vez ya prendieron el reflector para pedirte auxilio!
¡Tal vez fue esa mujer quien lo encendió!

Pero no, todavía no,
nadie camina por el pasillo hacia tu puerta, nadie
tropieza con una silla dentro de ti,
y allí están doblados tu traje de héroe y tus sentimientos

de héroe,
listos para cuando entres en acción.
¿Pero por qué no han encendido ese gran reflector?
¿Es sólo el ascenso de la noche lo que deja sus casca-
rones rotos en el aire?
¿Qué criatura de la oscuridad picotea para que el aire
tome forma de cascarón roto, de peldaño dejado
atrás?
¿Qué es aquello que detiene de súbito tus paseos por la
habitación mientras te dices
“Acaso deba esperar otro rato”?

Y vuelves a asomarte por la ventana.
¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo rayándolo
fugazmente con sus pequeñas luces de navegación?
Y algo dentro de ti que tú crees que es la noche allá
afuera,
cruje pisando cascarones rotos, peldaños donde el
cuerpo de su andanza deja un hilo finísimo de baba
o soliloquio,
mientras retorna el fantasma de una mujer bandeado
por la oscuridad
donde el mar se encaverna después del zarpazo,
y ese fantasma, que es la otra cara de la espuma, repite
contra el casco del barco el golpe del sueño
salpicando al silencio desde lejos.

Y vuelves a asomarte por la ventana.
¿Es el zumbido de un jet que cruza el cielo?
¿Qué es ese ruido que te hace mirar tu traje y tu antifaz,
y asomarte después por la ventana?
Ir y venir alrededor de una silla,
enrevesado viaje alrededor de una silla, guardando el
equilibrio difícilmente
al caminar y girar sobre un hilo finísimo de saliva.

Ir y venir, habladuría alrededor de una silla donde está
un extraño traje doblado,
ir y venir alrededor de un viejo y descompuesto auto-
móvil que estorba el tráfico en la carretera,
gestos entrecruzados, habladuría de ventanas y escaleras

labrando la estatua cuyo sentido griego vacila y se
viene abajo en el trayecto entre una ventana y un re-
flector que no se ha encendido,
mientras los cascarones rotos de la oscuridad crujen y se
disuelven bajo el brusco aleteo con que la oscuridad
va impulsando la noche.

Y otra vez te paseas,
¿quieres desovillar el hilo de saliva, el hilo de palabras
sobre el que te balanceas en precario equilibrio?
¿En qué juego de tus frases, en qué humillante silencio
has puesto el oído?
Y otra vez te paseas y otra vez te vuelves hacia la
ventana,
pero ese resplandor... pero ese resplandor que descubres
de pronto,
es el amanecer,
palidísimo gesto de esa luz entre los edificios, donde el
silencio enhebra las pisadas lejanas de todo lo
nocturno.

¿Y ahora
qué es lo que sientes que se aleja,
como alguien corriendo descalzo por la playa, entre la
niebla que la luz va a ocupar?
¿Y en esa claridad en aumento, acaso puede todavía
distinguirse
la señal de un reflector encendido?

Paseos alrededor de una silla donde está un extraño
traje doblado,
monólogo alrededor de una silla donde está un simulacro
en forma de traje doblado,
mientras el amanecer se deja llevar por su propia marea
ascendente, y por el ruido de las barredoras mecá-
nicas y de los primeros camiones urbanos
que aparecen por las calles desiertas.

De La venia

COMO RECORDANDO A DICKENS

En esta tarde sin más gato que una chimenea,
alguien me envía su reflector para esperar.
Esperar es el ámbito de una chimenea que no es llevada
por la tarde hacia ninguna parte.
Esperar es un gato que no existe, esperar es un ronroneo
donde la realidad no tiene la cuerda necesaria para
izarnos.
Pero esperar es también el único viaje conocido que
permanece en el gato que dejaron las chimeneas al
apagarse.

Cosas reunidas alrededor de la última página de ese
libro donde la tarde no volverá a llevarnos consigo.
Y están de más las chimeneas que solamente existen al
paso de ese gato que frota su lomo contra lo
desaparecido
para tejerlo mejor
en un ir y venir entrecruzándose hasta lograr este tejido
donde esperar era el gusto de lo consumado.

Tal vez allá en ese sitio se desarma esta tarde,
en el retrato de una mujer que la memoria lame
fielmente sin comprobarlo
para inventar la chimenea, la oscura callejuela
londinense, el sórdido mercado;
un fuego que tiene ahora entonación de ceniza donde
un reflector para esperar enciende.

Y es ésta la causa por la que los gatos son la continua-
ción de las chimeneas o sucesos imprevistos en la
ceniza,
en los cuerpos que no envían reflector o memoria que
en el lomo de un gato o frente a la chimenea con-
vertida en retrato de una mujer ausente,
acaso se dejaran todavía inventar.

De Fiestas de invierno

[la quimera del oro]

toda carrera por el oro
tiene un héroe,
la disminución del Paraíso
produce un aumento compensatorio
en la antropofagia ritual,

la herida resulta
de un golpe de bastón bien dado por el héroe,
conduce de los adornos de plumas
a la posesión de la cachonda recepcionista,
la idea del oro divide el reino
(mares, tierras)
en las paredes del comedor,

la idea del oro
revela un grado de civilización,
el aurífice clama,
la idea del oro son hojas vellosas,
vísceras florecidas en la sumisión a la idea
de que cualquier deseo está contenido
sólo enteramente en su verificación,

nuestro redentor es de carácter volcánico,
la idea del oro se aplica al movimiento
de un cuerpo hacia arriba,

planta virgen y venenosa,
todas sus flores tienen
olor fuerte y nauseabundo,

De Cómo retrasar la aparición de las hormigas

[cómo retrasar la aparición de las hormigas]

una vez que aparecen no hay poder
capaz de ahuyentarlas, los árboles sirven
para obtener madera, la madera

para obtener celulosa, la celulosa...
pero las mayores riquezas de todo servilismo
descubren el avance de las hormigas,

como es sabido el cuerpo tiene
características que le son reflejadas,
que le confieren enorme potencial de espejo
a condición de saber explotarlo, por lo cual
también es destinado a las oscilaciones
que efectúan las hormigas antes de llegar,

así los reflejos de cada cuerpo extraen
nuevos espejos nutrientes
de sus más profundas capas producidos
por la descomposición del padre y la madre,

esos nutrientes incorporados al cuerpo
esperan el frío azogado de las hormigas
mientras el espejo se atrofia
y la madre y el padre vuelven a tambalearse
en el fondo de cada espejismo,

retrasar ese momento inevitable
es la juventud, durante la cual
los espejismos segregados por el padre y la madre
se atrofian,

retrasar ese momento inevitable
es la vejez, la vejez separando
las nuevas imágenes
puestas al alcance de las hormigas,

pues así como los árboles sirven
para obtener madera y la madera
sirve para obtener celulosa,
los espejos extraídos del fondo del árbol
o del fondo del cuerpo, sirven
para extraer, a fin de cuentas, hormigas
y reflejos de hormigas donde el padre y la madre
cabecean el sueño de nueva destrucción,

De Cómo retrasar la aparición de las hormigas

Ilustración de portada:
Dibujo de Liliana Mercenario

Editores:
Jorge González de León, Fernando Maqueo